



celso castro sylvia



DESTINO

sylvia

celso

castro

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1395

© Celso Castro, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-233-5212-5
Depósito legal: B. 3.435-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47..

tres pasos

uuuaaaaa uuuaaaaa uuuaaaaa... que lo oía todo así ¿no? y de repente, ya estaba en el suelo, en serio... con esas voces ascendiendo hasta mí como burbujas espesas, como grumos o coágulos de sonido... uuuaaaaa uuuaaaaa uuuaaaaa... y el dueño —¡joder, que le dé un poco el aire!— y me levantaron, me sacaron de allí mientras me miraba las manos sin entender nada, el serrín de los dedos —¿qué hacemos, llamamos a sylvia?— le preguntó hugo a rené, o rené a hugo, qué más da. y yo protesté —uuuuuuuuuuuuuu...— y que no. y me llevaron a mi casa, bueno, a casa de mi madre, entre los dos, me dejaron en la cama y se despidieron, y mi madre se lo agradeció y... al quedarnos solos, ya no pudo aguantar más y se puso a llorar, lloraba en silencio, me quitaba las botas y lloraba. después me tapó con una manta y salió, con los labios temblando, y el mentón. igual que cuando me dijo —es que

estás a tres pasos... a tres pasos de hacer lo que hizo tu padre...— supongo que dos le parecían pocos y quería darme margen y no atosigarme, y... me dijo lo de los tres pasos porque llegué a casa con los nudillos ensangrentados, que había estado a puñetazos con las papeleras de la calle real, y con los escaparates y las puertas, y me había detenido la policía. y mi madre estuvo hablando con ellos, llorando, y les explicó que mi padre se había suicidado en una celda, que estaba en prisión preventiva por unos negocios en sudamérica, y... se suicidó, y al no disponer de su cuchillo de obsidiana, el de los sacrificios, que lo guardaba bajo llave en la vitrina del pasillo, se vio obligado a recurrir a otro interno o a quien fuese, que nunca se supo, para conseguir un cuchillo común, uno de cocina, indistinto, vulgar... y apresurarse al suicidio. que debía de estar muy desesperado, muy acorralado para hacer algo así, me refiero a relacionarse con un —desclasado— con un —subtipo ordinario— que era como solía denominar a las personas que despreciaba, y... rogarle a ese subtipo, de tú a tú y por favor, que le proporcionase algún medio de suicidio. y digo esto porque cuidaba muchísimo las formas, y la fatuidad. fíjate que en casa a la hora de sentarnos a comer, en la mesa, teníamos que vestirnos y comportarnos correctamente, como si la alimentación nos resultase ajena y no fuese con nosotros, y estuviése-

mos comiendo o cenando con... no sé, con el zar de todas las rusias, o luis II de baviera, o alguno de esos exquisitos... y los codos y la masticación y no se habla con la boca llena, y que no gesticulase, se lo dijo a mi madre —a ver si corriges a tu hijo, que parece un botarate de la construcción...— supongo que aquella noche estaba especialmente agobiado por esos negocios en sudamérica. en fin, no importa... lo que sí importa, lo que siempre me molestó fue ese —tu hijo...— y que no se dirigiera a mí ¿sabes? que intentase alejar la paternidad, evitar cualquier acercamiento, cualquier intimidad conmigo, y sobre todo su... atildamiento, su ridícula elegancia, su presunción... y de verdad que no pretendo jugar con las palabras, de hecho, detesto jugar con las palabras, y... aquel perfume insufrible que encubría y gaseaba los alimentos, que rociaba los platos con su pestilencia, con... bueno, ya basta, suficiente... que no se debe andar a vueltas con los muertos, ni hurgando tumbas, y además seguro que acabas pensando que tengo algún trauma pendiente. y si lo tengo, es asunto mío, no tuyo... en definitiva, que se suicidó. compró el cuchillo y se cortó las venas allí mismo, en la celda. lo encontraron por la mañana desangrado

y lo que te estaba contando, que desde ese día, desde el suicidio de mi padre, cada vez que me desmayo así, y en ocasiones incluso durmiendo,

noto un chasquido en la cabeza, como una descarga cerebral, como un chispazo eléctrico que me recorre el cuerpo entero, me lo atraviesa de arriba abajo ¿entiendes? y al momento esa electricidad se transforma en un desfile de muertos apretujados, una hilera larguísima, interminable de muertos... ya, es que no sé explicarlo de otra manera... que... una noche lo consulté con un poeta viejo de barba, uno que se parece a tolstoi... seguro que te lo has cruzado mil veces... que es un poeta de verdad, de los que duelen. no un memo con galardón, de los que versifican —la geometría del pecado— o —el alfabeto del deseo— o mierdas por el estilo, y... recuerdo que estábamos en una de esas tabernas húmedas y hediondas, de barril y alcohol barato, hablando de verlaine, de walden, de las sonatas de valle-inclán, de... y se lo consulté por si a él también le pasaba, por si era algo habitual en los poetas, y me dijo que sí, que conocía esa sensación, y aún me contó otra que era causada por la contemplación de mujeres a gatas... y... lo que te decía, que siento todos esos muertos dentro de mí, arrastrándose ¿no? arrastrando los pies por unos senderos de color azul pálido, muy sucio y desvaído, y desapacible, frío... y me van caminando por dentro, por esos... que no son exactamente senderos, sino cavidades, como arterias, y... una angustia... no es broma ¿eh? una angustia que tengo que

apretarme con fuerza las sienes, y empiezo a chillar y a chillar y sólo mi madre es capaz de sacarme de ahí y —regresarme— traerme de vuelta, y... vino mi madre corriendo a la habitación y me abrazó —ya está, ya está, mi niño, pequeñito...— y me abrazaba, me mojaba la cara con sus lágrimas —ya estoy aquí... mamá está aquí...

—mamá, los muertos... los muertos...

—ya... ya pasó, mi amor, ya pasó... ya se fueron...— y me calmaba, me dormía en su abrazo. me dormí y soñé que estaba en el orzán y había un montón de algas, y entre las algas, unos claros de agua transparente, limpia y verde dorada, en un tono similar al dormitorio de mi madre, y... yo quería avisar a sylvia para que se bañase conmigo, y la buscaba por el obelisco y por los cantones, y veía a ese imbécil petulante de daniel de maría, con su traje y su chaleco y su fular de falso poeta, que venía por los jardines recién recitado, riéndose, burlándose de mí, de mi ansiedad —¿y sylvia? ¿y sylvia? ¿dónde está sylvia?— y él se reía, y... abrevio, que no hay cosa más aburrida que contar sueños, y... nada, que estaba soñando con ese idiota y me puse a dar patadas y —despierta, despierta...— me desperté, abrí los ojos y era sylvia, que mi madre la había telefoneado por la mañana, para que viniera a buscarme, a... recogerme, y como yo aún dormía, se había quedado absorta en mí, acaricián-

dome con ojos estrábicos —tenías una pesadilla...— pero no me preguntó qué soñaba, prefería no indagar, no enterarse de lo que me reconcomía por dentro, no sentirse culpable —qué ¿estás bien? ¿nos vamos?— aparté la manta y me senté en el borde de la cama —sí... me duele la cabeza...

—qué raro... ¿por qué será?— dijo con algo de ironía, algo, un poco, porque sabía que si no, iba a saltar y le iba a llamar de todo. así que cogió las botas conciliadora —ven...— y me las puso. y yo —sé atarme los cordones solo ¿eh? sin ayuda...

—¿sí?

—sí, perfectamente...

—qué mayor...— y bajamos a desayunar, bajé con mi esposa, mi dulce esposa, esa puta